

# El grano de oro

Leyenda recopilada por Cayetano Coll y Toste  
Adaptación de Mary Muñoz de Torres  
Ilustrado por TANE arte y diseño



Durante la conquista de América, vinieron a la Isla de Borinquén pobladores de distintas partes de España. Algunos, como Antonio Orozco y Juan Guilarte, se ganaban la vida explorando la región y lavando las arenas de los ríos en busca de oro. Estos dos amigos vivían en el área de Caparra y, juntos, se convirtieron en protagonistas de una de las leyendas más conocidas de nuestra tierra: La leyenda de Guilarte.





Antonio Orozco y Juan Guillarte pasaban el día en busca de oro, lavando arenas en el río Mabuya. Ambos tenían el sueño de encontrar un gran yacimiento que los hiciera ricos. Un día, Orozco le dijo a su amigo:

- El lunes de la semana que viene nos iremos tierra adentro, a buscar yacimiento de oro. Tengo el presentimiento de que esta vez tendremos mucha suerte.
- ¿Llevaremos guías indígenas con nosotros? – pregunto Guilarte, consciente de que esa región era totalmente desconocida para ambos.
- No. Solo llevaremos una brújula para guiarnos – respondió su compañero.
- De acuerdo- acepto finalmente Guilarte – Pero necesitaremos alforjas llenas de comida y un par de mantas para protegernos del frío.



Una semana mas tarde, justo al amanecer, Orozco y Guilarte se internaron en el bosque, con dirección al centro de la isla. Después de ocho días de explorar sin suerte el territorio llegaron a la cumbre de una montaña, desde donde se divisaba, hacia el sur, el azulísimo mar Caribe; y hacia el norte, el majestuoso océano Atlántico.

La visión era bellísima: frente a ellos se extendían parajes y montañas con todos los tonos imaginables de verde. A sus espaldas se extendía otro extraordinario espectáculo: las apacibles olas del mar azul que creaban una visión sorprendente.



- Aquí construiría mi casa – musito Guilarte, aun sobrecogido por la hermosa imagen.
- ¡Esa sería una gran tontería! – comentó Orozco, con desdén - ¡Esto solo es bueno para contemplarlo un rato; luego me cansaría!
- ¡Eres un tonto! Lo mejor es que reunamos mucho oro y regresamos a nuestro país.
- Pues tal parece que tendremos que lavar muchas arenas para eso – dijo Orozco, dando por terminada la conversación.

Los amigos se sentaron sobre una roca, abrieron sus alforjas y empezaron a comer. De pronto, Guilarte dio un brinco y le dijo a su compañero, mientras señalaba un punto a los lejos:

- Mira hacia esa hondonada y dime lo que ves.
- Solo veo una piedra que refleja los rayos del sol – contesto Orozco sin prestarle mucha atención.
- No, no. Fíjate bien y veras que es un trozo de oro unido a un pedazo de cuarzo- insistió Juan Guilarte, ahora con mas fuerza.
- ¡Tienes razón! ¡Qué buena vista tienes! Pero esta en un lugar muy difícil para acercarse. ¿Quién bajará a cogerlo?
- ¡Pues tú y yo, por supuesto! – respondió Guilarte – Pero, ¿cómo crees que podríamos lograrlo?



- Se me ocurre que hagamos una escalera con sogas de majagua – sugirió su amigo Así lo hicieron. Terminada la escalera, bajaron por ella hasta llegar al fondo del abismo. Al verla de cerca, notaron que la piedra era aun mas grande de lo que habían creído.

- El oro que tiene esa piedra es suficiente para que uno de los dos se haga rico, pero no basta para ambos – indico Orozco.

- Busquemos entonces otra piedra. Así tendremos una cada uno – sugirió Guilarte.

Tras varios días de búsqueda en aquella hondonada y cansado ya de no tener éxito, Orozco le propuso a Guilarte jugar a los dados y decidir así quien se quedaría con la piedra de oro. El que la ganara podría regresar a España; el otro permanecería en Caparra, probando suerte.



- Bueno – acepto Guilarte- ¿Y los dados?
- Aquí los tengo – dijo Orozco, mostrándoselos.
- ¡Pues tíralos de una vez!

La suerte favoreció a Orozco. Guilarte felicitó a su amigo con alegría sincera:

- ¡Felicidades!, se han cumplido tus deseos. Ahora salgamos de aquí antes de que nos coja la noche.

Orozco se acercó a la escalera y propuso a su compañero:

- Sube tu primero. Yo iré después con la piedra.

Guilarte subió y se sentó en el borde de la pendiente a esperar a su amigo.





Ya iba Orozco por la mitad de su ascenso cuando, de repente, la soga con que estaba construida la escalera comenzó a romperse.

- ¡Ayúdame!
- ¿Cómo? – pregunto aquel, angustiado.
- ¡Rápido! Tira de la soga para que me ayudes a subir antes de que se rompa por completo.
- ¡Avanza!
- ¡Orozco, tira la piedra! ¡Podrás agarrarte mejor sin ella! – le suplico Guilarte, desesperado, al ver como la soga se seguía rompiendo.
- ¡No! ¡Esta piedra es mi futuro! ¡Avanza y tira de la cuerda con mas fuerza!





Guilarte halo con todas sus fuerzas, pero fue tanto el peso que la soga se rompió. El pobre Orozco cayó así en la hondonada. Guilarte, desesperado, improviso una nueva soga y la ato a un árbol para bajar a socorrer a su amigo. Cuando llegó a su lado, momentos después, Orozco aun estaba vivo, sin soltar la piedra de oro que, junto con su ambición, había ayudado a provocar su desgracia. Al ver a su compañero, exclamo con voz débil:

- ¡Voy a morir! ¡Óyeme! Tu descubriste el oro y yo te lo quite: use dados falsos e hice trampa. Así que este es mi castigo. ¡Perdóname! – y diciendo esto, murió.

Cuenta la leyenda, que algún tiempo después, Guilarte regalo la piedra de oro a la Catedral de Sevilla, el lugar donde había nacido.



Hoy, en medio de la Cordillera Central, en Adjuntas, se yergue majestuoso el cerro Punta Guilarte. Desde allí se divisa, al sur, el azulísimo Mar Caribe, y al norte, el majestuoso océano Atlántico. La visión es bellísima: parajes y montañas de todos los tonos imaginables de verde y, por el otro lado, el azul intenso del mar, tal como lo describe la leyenda de Juan Guilarte.